

portan las adversidades. Corrige las preocupaciones que el amor propio inspira contra ellas, y acostúmbrate á hablar de los trabajos como cristiano; esto es, como verdadero discípulo de Cristo crucificado. Siempre que se ofrezca ocasion, y especialmente cuando se lean las vidas de los santos delante de la familia, ten cuidado de hacerla observar que todos los santos fueron afligidos mientras vivieron, y que todos se tenian por felices en medio de las aflicciones. Si desde luego se procurara imbuir á los niños en este concepto de las adversidades, se sacaria un gran provecho.

2 Si te sucede algun trabajo, vuelve al punto los ojos hácia la mano de donde te viene el azóte, y hácia el corazon del que amorosamente te castiga: *Bonum mihi quia humiliasti me*, decia David. Recibo, Señor, esta adversidad como favor que me haceis; conozco lo bien que me está el que me hayais humillado, pues con la prosperidad me hubiera perdido. La abundancia fomentaba mis pasiones; el subido olor de las flores me trastornaba la cabeza, y la elevacion de los empleos me la desvanecia. El que anda por el valle no teme el precipicio de la cumbre. En la hora de la muerte ninguna cosa consuela tanto como aquellos contratiempos que sirvieron para que el corazon se desprendiese de la tierra; ¿qué razon habrá para que no nos consuelen tambien en medio de la vida? Aspira á aquella grandeza de alma, tan propia de un cristiano, de no mostrarte triste ni desalentado cuando te aflige alguna cosa, imponiéndote una como ley de conservarte alegre, apacible y sereno, á pesar del tumulto que quiere escitar dentro del corazon el amor propio. A poca violencia que te hagas por un motivo verdaderamente cristiano, infaliblemente experimentarás los consuelos con que regala Dios á sus siervos en lo mas amargo de las aflicciones.

DIA XI.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN TIBURCIO, mártir, en Roma entre los dos Laureles; al cual en la persecucion de Diocleciano por decreto del juez Fabiano le hicieron andar con los pies descalzos sobre ascuas; en cuyo tormento confesó con la mayor constancia á Jesucristo, y por último fué mandado degollar á tres millas de la ciudad. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SANTA SUSANA, virgen de noble prosapia y nieta de S. Cayo papa;

tambien en Roma; la cual degollada consiguió la palma del martirio en tiempo de Diocleciano. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN ALEJANDRO, obispo, por sobrenombre el *Carbonero* (con el cual conocido por haber ocultado mucho tiempo con el humilde disfraz de aquella profesion las prendas que poseía), en Comana en el Ponto; el cual de filósofo habilísimo que habia sido, pasó á adquirir en sumo grado la sublime ciencia de la humildad cristiana. S. Gregorio Taumaturgo le consagró obispo de aquella iglesia, en donde fué muy esclarecido por su predicacion y por el martirio que consiguió siendo arrojado á las llamas.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS RUFINO, obispo de los marsos, y sus **COMPAÑEROS**, en tiempo del emperador Maximino.

SAN TAURINO, obispo de Evreux, en Francia; fué consagrado por el papa S. Clemente: habiendo propagado la fe cristiana con su predicacion, por la cual pasó grandes trabajos, por último esclarecido en milagros murió en el Señor.

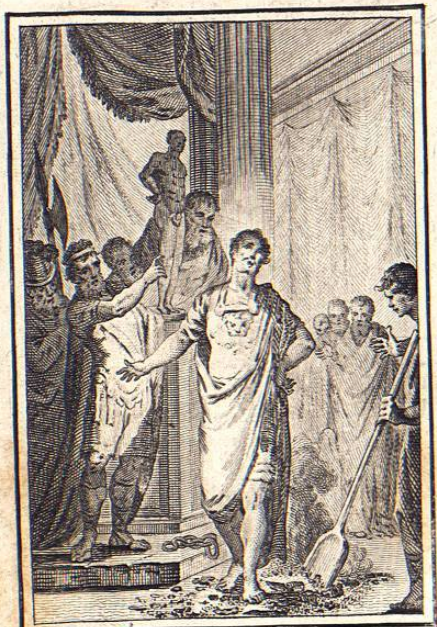
SAN GAUGERICO, obispo y confesor, en Cambrai en Francia. (Era conocido en su patria con el nombre de S. Gery.)

SAN EQUICIO, abad, de cuya santidad da testimonio S. Gregorio papa, en la provincia Valeria. (Florece en el Abrucio cuando S. Benito establecia su regla en el monte Casino. Como era lego, algunos reprobaron que se arrogase el derecho de instruir á sus monges diseminados en las montañas, y de escitar á los pueblos al amor de Dios. Llevada la queja al papa, despues de informado de la santidad del abad Equicio, prohibió inquietarle en el curso de sus exhortaciones, que tenian la caridad por principio; y en las cuales le servia de maestro el espíritu de Dios.)

SANTA DIGNA, virgen, en Todi. (Durante la persecucion de Diocleciano dejó su patria y se fué á un desierto; donde murió.)

SAN TIBURCIO, MÁRTIR.

NACIÓ S. Tiburcio en Roma de familia distinguida, así por sus grandes bienes, como por sus elevados empleos. Fué hijo del ilustre Gromacio, vicario del prefecto de la ciudad, que desde el primer año del imperio de Diocleciano tuvo especial comision para juzgar á los acusados del cristianismo, y fué convertido á la fe por S. Sebastian y por S. Tranquilino, padre de los santos mártires Marco y Marcelino; y despues de haber dado libertad á mil y cuatrocientos esclavos que se hicieron cristianos, habiendo recibido el bautismo toda su familia, renunció el empleo, y se retiró á su casa de campo, la cual fué el refugio de los perseguidos fieles. Siguió Tiburcio la dichosa suerte de su padre, y desde su conversion sobresalió entre los mas fervorosos cristianos, así como habia sobresalido en los tribunales por su ingenio y por su rara elocuencia, siendo reputado, aunque muy joven,



S. TIBURCIO, M.

por uno de los mas hábiles abogados de su tiempo. Luego que se hizo cristiano le causaron tedio y disgusto todos aquellos vanos aplausos, trocando el amor á las ciencias humanas por el estudio y aplicacion á la importante ciencia de la salvacion. Renunció la abogacia, y aunque su virtuosa inclinacion le llamaba al retiro de la soledad, el deseo que por otra parte tenia del martirio le representó este retiro como especie de fuga, con visos de cobardia. Viendo el papa S. Cayo que de dia en dia iba creciendo el fuego de la persecucion, deseaba que Tiburcio se ausentase de Roma, considerando el peligro de un jóven recién convertido á la fe, y en lo mas florido de sus años; pero el santo mancebo le rogó con tanta instancia le permitiese quedarse en la ciudad al riesgo y fortuna de los confesores de Cristo, que el santo pontífice se rindió á las razones de su fervoroso ahijado.

Presto hicieron ruido su zelo y su virtud. Salíó un dia de su casa, y se halló en la calle con un hombre, que habiendo caído de un cuarto elevado, se habia hecho pedazos, y no daba señal alguna de vida. Compadecióse de aquella desgracia, y mucho mas de la pérdida de aquella alma; lleno de fe y de confianza se acercó al moribundo, hizo sobre él la señal de la cruz, y le mandó en nombre de Jesucristo que se levantase, y que renunciase las supersticiones del gentilismo. Hizolo al punto el que parecia cadáver; siguióse la salud del alma á la del cuerpo; y divulgada por la ciudad esta maravilla, los cristianos se confirmaron en la fe, y muchos gentiles la abrazaron.

Crecia cada dia el zelo de Tiburcio, esplicándole en el continuo ejercicio de obras de caridad. No cesaba de recorrer dia y noche así las casas de los cristianos, como los lugares subterráneos donde los tenia escondidos la persecucion, exhortándolos á la perseverancia, animándolos á derramar generosamente la sangre por Jesucristo, y socorriendo con limosnas á los necesitados. Deseaba ansiosamente que los que hacian profesion de cristianos acreditasen su religion con la pureza de las costumbres y con la santidad de la vida; por tanto no se podia contener sin corregir con blandura y con caridad á los menos ajustados que deshonoraban su profesion con el desconcierto de su vida.

Entre los que habian recibido el bautismo se hallaba un tal Torcuato, insigne hipócrita, que habiendo renunciado la fe secretamente, se fingia cristiano en lo esterior, aunque vivia como hombre verdaderamente mundano. No pudo Tiburcio disimular su profanidad en el vestido, sus excesos en la mesa, su desordenada pasion al juego, ni sus nudaes licenciosos y afeminados. Reprendióle con zelo y con caridad la licencia que se to-

maba en dispensarse en los ayunos y oraciones de la Iglesia, gastando en dormir el tiempo que los fieles empleaban en orar y en velar.

Afectó Torcuato oír con docilidad y aun con estimacion estos caritativos avisos; pero altamente ofendido en su corazon, conservó dentro de él un implacable deseo de vengarse, y de perder al que con tanta caridad solicitaba la salvacion de su alma. Habiendo mandado el emperador Diocleciano que se hiciese una exacta pesquisa de todos los cristianos, y que fuesen condenados sin remision al último suplicio todos aquellos que se negasen á sacrificar á los dioses, advirtió secretamente Torcuato á los ministros del emperador que Tiburcio era cristiano, y que con toda seguridad podian echar mano de su persona; mas para encubrir mejor que él hubiese sido el delator, les previno artificiosamente que tambien le prendiesen á él. Hiciéronlo así, y le presentaron ante el tribunal de Fabiano, sucesor de Cromacio. Preguntado Torcuato por su religion, confesó que era cristiano, y que le habia convertido Tiburcio, á quien respetaba y amaba como á su maestro; estando muy resuelto á seguirle en todo. Desde luego conoció Tiburcio el artificio, como quien tenia tan calado el fondo de aquel perverso corazon; y así, volviéndose á él, le dijo: *No pienses que se me esconden tus embustes, ni que deo de penetrar tu perfidia. Ninguno de nosotros te reconoció jamás por discípulo de Jesucristo; tu vida desmintió siempre tu fe; ni era posible que se contase en el número de los fieles á quien vivia como un gentil: tus vergonzosos desórdenes eran el mejor testimonio de la religion que profesabas. Es verdad que vivias entre nosotros; pero no eras de nosotros. Buena prueba es de eso tu alevosa traicion. Però no creas que me has ofendido con ella; antes al contrario, intentando mi ruina, me has proporcionado el mayor bien á que yo podia aspirar. Nada deseaba con mas ardiente pasion que derramar toda mi sangre, y dar mi vida por amor de aquel Señor que primero quiso espirar por mi amor clavado en un afrentoso madero.*

Irritado Fabiano con este discurso, le interrumpió diciéndole que se dejase de hablar tanto, y que tratase de sacrificar á los dioses del imperio. Yo, respondió el Santo, *no reconozco otro Dios que al único Dios verdadero, criador del cielo y de la tierra; á este solo ofrezco sacrificios; dichoso yo, si yo mismo mereciera ser víctima sacrificada por su amor.* Sea lo que fuere, replicó el juez, es preciso obedecer en este mismo punto, ó disparte sino á pasearte muy despacio sobre carbones encendidos. *Pronto estoy,* replicó Tiburcio, *á sufrir las mas crueles tormen-*

tos, pues ya es cosa muy sabida que estos no espantan á los cristianos. Admirado Fabiano de aquella intrepidez, ordenó que se tendiese sobre el pavimento un gran monton de carbones encendidos; y que una de dos, ó que Tibureio echase incienso en aquellas brasas á honor de los dioses, ó que en su presencia y con los pies descalzos se pasease muy despacio por encima de ellas. No esperó el Santo á que le descalzasen; él mismo se quitó apresuradamente el calzado, y se comenzó á pasear sobre las brasas con tanto sosiego y con tanta serenidad, como si se paseara sobre una alfombra de rosas. Llenáronse de admiracion los circunstantes; pero el juez, encendido en cólera, y no pudiendo sufrir aquel ilustre testimonio de la verdad de la religion cristiana, á falta de razones echó mano de las injurias, y recurrió á las blasfemias. *Ya sabemos todos mucho tiempo ha, exclamó irritado, que ese vuestro Cristo enseña el arte mágica á todos sus secuaces, y así no nos causa admiracion el sortilegio que acabas de ejecutar.* No pudo Tiburcio oír sin horror aquella gran blasfemia; penetróle hasta el corazon el ultraje hecho á Jesucristo; y encendido su fervoroso zelo, habló con tanta elocuencia y con tanta energía, así de la divinidad como del poder del Salvador; demostró con tanta evidencia la impostura y la falsedad de aquella negra calumnia; que no pudiendo Fabiano sufrir mas el desprecio de sus dioses, pronunció sentencia de muerte contra el Santo.

Condujéronle á una legua de la ciudad en la via Laticana, y allí le cortaron la cabeza el día 11 de agosto del año 286. Un cristiano, que se halló presente á la ejecucion, cuidó de enterrar su cuerpo; y desde luego hizo Dios célebre y glorioso su sepulcro con multitud de milagros. Dos piadosas señoras llamadas Lucina y Fermina, parientas del mismo Santo, fabricaron en aquel sitio una especie de retiro para servir en él á Dios el resto de sus días.

SANTA SUSANA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

CON la fiesta de S. Tiburcio junta la Iglesia la de Sta. Susana, vírgen y mártir. Era una nobilísima doncella romana, parienta del emperador Diocleciano, hija de S. Gabino, y sobrina del santo papa Cayo. Cuidaron los dos hermanos de dar á Susana la mas cristiana educacion, inspirándola continuas máximas de la mas elevada santidad. El tierno amor que profesó desde la cuna á la Reina de las vírgenes, la infundió un amor constante á la castidad; y apenas pudo conocer lo que valia

esta admirable virtud, cuándo hizo voto de no admitir otro esposo que á Jesucristo, dedicándole su virginidad desde la misma infancia.

No ignoraba el emperador que sus sobrinos Gabino y Cayo eran cristianos, ni tampoco dudaba que Susana, mas conocida por su rara virtud, que por su extraordinaria hermosura, sería tambien de la religion de su padre y de su tio; pero como Diocleciano en los primeros años de su imperio parecía favorable á los cristianos, los dejaba vivir en paz, y su misma familia estaba llena de ellos. Aprovechándose nuestra Santa de esta tranquilidad, hacia asombrosos progresos en la virtud. Era su modestia la admiracion de todos; y por su amor á la oracion y á la contemplacion hallaba en el retiro todas sus delicias. Su ejemplo era el que mas se respetaba, y su vida la que se ponía por modelo á las doncellas cristianas. A una virtud tan singular necesariamente habia de corresponder un glorioso fin; y parecía como de justicia que á la victoriosa palma de vírgen se añadiese la triunfante corona de mártir.

Al mismo tiempo que Diocleciano creó César á Maximino Galerio, le hizo tambien yerno suyo, dándole por esposa á su única hija Valeria. Muerta ésta, quiso que Maximino se casase con Susana, hija de su sobrino Gabino, y mandó á un señor pariente suyo, llamado Claudio, que hiciese á Gabino de su parte esta proposicion. Oyóla Gabino con el mayor agradecimiento, manifestando á Claudio lo reconocido y lo obligado que le dejaba la honra que se dignaba dispensarle la bondad del emperador; pero añadió que ante todas cosas era indispensable el consentimiento de su hija. Convino Claudio en lo mismo, y suplicó á Gabino que la llamase. Luego que Susana se dejó ver, se adelantó aquel caballero para saludarla cortesanamente, y para darla un reverente ósculo, segun lo llevaba la costumbre. Retiró Susana el rostro, diciendo que jamás habia permitido á hombre alguno semejante licencia, y mucho menos se la permitiría á un gentil. Sorprendióse Claudio, y la dijo con respeto: *Señora, vos me haceis un crimen de mi religion; si vivo errado, añadidme la honra de hacerme conocer mi error.* Animada entonces la Santa con el espíritu de Dios, le representó con tanta gracia y al mismo tiempo con tanta energía los absurdos y las impiedades del paganismo, que aquel señor se mostró extraordinariamente conmovido, y con las lágrimas en los ojos la suplicó le dijese qué debia hacer para reparar los descaminos de su vida. *Nada mas,* respondió Susana, *que renunciar de todo tu corazon las supersticiones gentílicas, y lavar las cul-*

pas de tu alma en las aguas del bautismo; por lo demás mi padre y mi tío te enseñarán como te debes disponer para recibir esta gracia.

Gustosamente sorprendidos Gabino y Cayo de aquella dichosa mudanza, le hablaron con tanta eficacia sobre la santidad de nuestra religion, que despues de haberle suficientemente instruido así á el como á su mujer Prepedigna y á dos hijos suyos, tuvieron el consuelo de administrarles á todos el santo bautismo. Mientras tanto, viendo el emperador que Claudio no volvía con la respuesta de su comision, y aun observando que no se dejaba ver en la corte, mandó á Máximo, hermano del mismo Claudio, que se informase del motivo de esta novedad. Quedó Máximo admirado cuando entró en el cuarto de su hermano, y le halló postrado á los pies de un Crucifijo, anegado en dulces lágrimas; pero creció su admiracion cuando oyó de su misma boca que era cristiano, y que lloraba la ceguedad y los desaciertos de su vida. Atónito Máximo á tan inopinada mudanza, y solicitado interiormente por los poderosos impulsos de la gracia, se mostró igualmente ansioso de ser instruido en los misterios de nuestra fe, y de recibir el bautismo. Informado de todo el santo papa Cayo, le instruyó en los puntos esenciales de la religion; y hallándole muy dispuesto, le bautizó y le exhortó á ser fiel. Prosiguiendo las milagrosas operaciones de la gracia en el corazon de aquellos dos hermanos verdaderamente convertidos, tomaron la resolucion de vender todos sus bienes, y de emplear el producto de ellos en la asistencia de los fieles. Noticioso el emperador de que los dos hermanos léjos de desempeñar su comision, se habian convertido á la fe, y eran los primeros que confirmaban á Susana en la santa resolucion de no admitir aquella ni otra alguna boda; entró en tanta cólera, que juró la pérdida general de todos los cristianos, y en el mismo punto envió desterrados á Ostia á Claudio y á Máximo, que pocos dias despues recibieron en aquel puerto la corona del martirio. Mandó tambien que fuese presa Susana con su padre Gabino, y no perdonó á diligencia alguna para pervertir á la primera; pero de todo triunfó su fe y su inmutable constancia. Ni las promesas mas tentadoras, ni las esperanzas mas lisonjeras, ni el mismo agosto título de emperatriz fueron bastantes para deslumbrarla. Amenazáronla con todos los tormentos que podian causarla mas horror, hasta que espirase entre los mayores y mas crueles suplicios; pero su respuesta fué mostrar cada instante mas encendidas ansias de padecer mas y mas por su celestial Esposo. Informado Diocleciano del teson de sus respuestas

y de su última resolucion, se abandonó á toda la cruel barbaridad de su genio. Dió orden para que se hiciese afrentoso insulto y violencia á la virginal integridad de la Santa; pero un ángel del Señor la defendió contra la brutalidad de los paganos. Atribuyéronse como siempre á efectos de la magia estos auxilios del cielo; y Diocleciano dió comision á uno de sus oficiales llamado Macedonio, para que prosiguiese la causa; y obligase á Susana á sacrificar á los ídolos. Presentáronla un simulacro de Júpiter, y la Santa, levantando los ojos al cielo, suplicó humildemente al Señor que se dignase confundir la supersticion de los paganos. Al punto desapareció la estatua, y la encontraron en la calle á doscientos pasos de la casa. Dejó atónito al oficial esta maravilla, pero no le convirtió; y sin hablarla ya de incensos ni de sacrificios, mandó que la despedazasen á azotes dentro de su misma casa; lo que se ejecutó sin que la pudiesen sacar ni la mas leve queja. A cada golpe volvía dulcemente los ojos hácia el cielo, rindiendo mil gracias á Dios, porque la hacia digna de padecer alguna cosa por su gloria. Desesperado el tirano á vista de aquella constancia, dió parte de todo al emperador, asegurándole que Susana era inflexible; y Diocleciano mandó que dentro de su misma casa la cortasen la cabeza.

Dicese que Serena, mujer del emperador, y cristiana oculta, fué secretamente por la noche al lugar de la ejecucion, donde embebió su mismo velo en la sangre de la ilustre mártir, conservándole despues como una preciosa reliquia. Fué sepultado el cuerpo de la Santa en una gruta, que se llamaba la cueva de los Mártires, y su casa fué convertida en iglesia por el papa S. Cayo, quien celebró en ella el divino sacrificio en honor de la misma Santa. Reedificóse con el tiempo esta misma iglesia, la que hoy subsiste, y están en posesion de ella las religiosas bernardinas. El martirio de Sta. Susana se cree sucedió el año de 293, seis meses antes que el de S. Gabino, y ocho anterior al de su tío S. Cayo.

SANTA FILOMENA, VIRGEN Y MÁRTIR.

HASTA donde puede llegar un verdadero y perfecto amor es cuando da la vida el que ama por lo que ama. Acreditó bien este amor perfecto y verdadero la invicta mártir Sta. Filomena, á la cual puede justamente aplicarse cuanto refiere Baronio, hablando de la invencion del cuerpo del protomártir san Estéban y de los prodigios obrados por su intercesion, á saber: que cuando la fe es lánguida en unos y muerta en otros, no sin